

¿SOY UN MONSTRUO? (Segunda Categoría)

Cojo un disco de algodón sobre el que añado unas gotas de leche limpiadora y me lo aplico en mi rostro. Con toques suaves alrededor de los ojos para evitar más dolor, voy eliminando una gruesa capa de maquillaje. Veo mi reflejo en el espejo y observo cómo poco a poco aparecen las marcas que me llevan acompañando ya durante dos largos y duros años.

Se mezclan señales recientes con algunas más maduras. Pero todas ellas igual de dolorosas e injustas, aunque al principio sentía que yo era merecedora de las mismas, por no haber estado a la altura de lo que él esperaba de mí...

Reconozco que las cicatrices superficiales del resto de mi cuerpo me son más fáciles de disimular y ocultar al resto de personas que me rodean. Pero las del rostro son muy complicadas porque no hay prenda que me permita taparlas.

Sí. Dos años llevo ya realizando este mismo ritual. Limpiando mi cara cada noche, dejando de este modo salir a la luz las señales que mi pareja me infringe y tapándolas por la mañana para no dejarlas ver al resto del mundo.

Sin lugar a dudas, las marcas más dolorosas son las interiores. Las del alma. Las del corazón. Las de lo más profundo de mi ser; ya que ellas no se pueden disimular, ni ocultar ni maquillar. Están vivas, abiertas, sangrantes e imposible de cicatrizar.

De repente suena el teléfono. Repiquetea el timbre una y otra vez. Debido a la insistencia del mismo decido coger la llamada. Y escucho incrédula lo que un policía me cuenta... un accidente... un semáforo en rojo... dos heridos graves... un muerto... el fallecido es su marido ...

Él ha muerto. Él ha muerto. Muerto. No soy capaz de reconocer mis sentimientos en esos momentos. Imposible describirlos. Mi corazón está acelerado. Mi pulso descontrolado. Me tiemblan las piernas y mi cabeza no deja de repetir lo mismo. Ha muerto. Se acabó. Todo se acabó.

Poco a poco comienzo a asimilar la noticia y me avergüenzo de mí misma al confesar que no siento pena ni tristeza ni dolor. Definitivamente ¿seré un monstruo? ¿Sin sentimientos y sin moral? ¿Cómo es posible que no tenga estos sentimientos hacia el que ha sido mi pareja durante los diez últimos años de mi vida?

Sigo dándole vueltas a la cabeza intentando justificar la ausencia de estas emociones y me sorprendo al ver mis lágrimas descender por mis mejillas. No soy consciente del tiempo que llevo llorando pero el moqueo incesante hace que salga del “atontamiento” en el que he estado desde que se produjo esa llamada de teléfono.

Sí siento pena. Sí me duele su pérdida. Pero lo que lamento es la ausencia de la persona que conocí hace diez años y de la que me enamoré perdidamente. Pero esa persona desapareció hace dos años, cuando un cúmulo de circunstancias laborales, personales y profesionales hizo que cambiara drásticamente y comenzara el infierno en el que me sumió.

Sigo mirándome en el espejo, pero ahora lo hago en uno de cuerpo entero, donde puedo ver, además de mi tez, mi silueta al completo y, al ponerme de perfil, se dibuja una sonrisa en mi boca.

¿Cómo es posible sonreír en esta situación? ¿Cómo es posible que comience a reconocer sentimientos de bienestar entre tanto dolor? ¿Quizás porque todo ha terminado ya... o porque todo empieza ahora?

La respuesta está en mi vientre. Justo dentro de mi vientre, ya que desde hace unas semanas un pequeño ser crece dentro de mí, y lo he sabido hoy mismo. Un bebé que ha hecho que vea la vida de un modo muy diferente. El mismo día que él ha desaparecido para siempre, he sabido que estoy embarazada.

Nunca tuve la necesidad de ser madre. Nunca me apeteció sentirme unida a un ser el resto de mis días y sobre todo nunca quise perder mi independencia. Pero es increíble cómo podemos cambiar de forma de pensar de un momento a otro.

Llevaba bastantes días mal. No sólo por las marcas físicas que mi cuerpo posee, sino por los vómitos continuos, las náuseas, la ausencia de apetito y la imposibilidad de salir de la cama.

Creía que mis días habían llegado a su término y que por fin todo mi dolor se iba a acabar, pero estaba equivocada. El resultado de un análisis de sangre determinó que estaba embarazada y que en primavera sería madre.

Me veo en el espejo y me descubro asustada, inquieta, incrédula pero... feliz. Un revuelto de emociones, sensaciones y pensamientos nuevos nacen en mi persona y el resultado final es el de felicidad. Una vida ha terminado justamente hoy, otra viene de camino y yo me siento feliz. Y vuelvo a formularme la misma pregunta que no me abandona, ¿alguien me puede decir si soy un terrible monstruo por sentir lo que siento?

Mi vida va a cambiar por completo por varios motivos. Uno de ellos es la persona que crece dentro de mí, la otra por las decisiones que debo tomar a corto de plazo y la última porque emprendo una nueva etapa en solitario.

El espejo me devuelve una imagen tranquila y al mismo tiempo despierta, porque sí, me siento viva, me siento despierta y con fuerzas de afrontar esta nueva etapa de mi vida.

Aferrada a mi vientre y con la fortaleza que me imprime desde dentro decido salir de esta casa, de esta jaula, de esta cárcel y de este infierno. Sé que todo será diferente a partir de ahora porque él ya no va a volver nunca, pero son muchos malos recuerdos los que guardo en mi interior. Y me despido de mi reflejo ante este espejo. Espejo que tantas lágrimas y marcas ha visto de manera impasible.

Ahora soy fuerte, ahora tengo motivos para cambiar y lo voy a hacer. Por mí. Por él o por ella. Por los dos. Porque mi pequeño o pequeña no va a sufrir, no va a ver las lágrimas de su madre ni va a sentir el dolor de una mano masculina. Ahora tengo la certeza absoluta de que esto va a ser así.

Hago mi maleta con unas cuantas cosas. No muchas. Total, no me van a servir dentro de unos meses y me río a carcajadas. ¡Qué maravilla!

Y cierro la puerta de ese lugar. Y no miro atrás. Y me voy. Para no volver. Nunca. Porque ahora tengo que pensar en mi pequeño. Y dotarlo de estabilidad, tranquilidad y serenidad. Y sólo lo puedo conseguir saliendo de aquí. Comenzando de nuevo. Él / Ella y yo. Nadie más. En mi vida no va haber hueco para nadie más. Demasiado riesgo.

Sé que no será fácil. Pero sí sé que será tremendamente bueno y gratificante para los dos. Yo le daré la vida el día que nazca pero él me la ha devuelto a mí en el mismo instante en que he sabido de su existencia. Mismo instante en el que la vida de su padre terminaba de manera repentina. Menuda coincidencia...

Yo he tenido "suerte" porque la fortuna me ha echado una mano. En un mismo día se terminó de manera fulminante el mal que estaba a punto de acabar conmigo y ese mismo día supe de la existencia de mi pequeño. Me siento afortunada. Quizás sea un monstruo por sentir lo que siento, pero en mi interior no fluye la vergüenza por sentirlos. Perdonadme por sentirme bien tras haberse acabado mi infierno y nacer la esperanza de una nueva vida.

Tardé mucho en ser consciente de que la vida que tenía no era la que debía tener. Pero ahora que mi vida ha cambiado por completo, deseo que las personas que están en la misma situación por la que he pasado yo que no dejen pasar ni un solo día más sufriendo.

Tal vez este relato ayude a más personas a poner fin al infierno de sus vidas. Yo lo digo ahora. Mejor dicho yo lo grito ahora. Y aunque esta voz sale directamente de mi vientre, si hay más personas en mi situación, aunque no reciban fuerzas a través de un embarazo, no dejen pasar más tiempo y salgan de sus casas y cierren la puerta sin mirar atrás.

Reitero una vez más mi duda ¿seré un monstruo por sentir lo que siento tras el accidente de mi verdugo? No lo sé. Quizás lo sea. Pero si lo soy, tengo una cosa clara. Soy un monstruo vivo y con muchas ganas de vivir. Un monstruo que alberga en su interior una nueva vida. Un monstruo tranquilo y dispuesto a hacer feliz a su bebé toda su vida. Y sobre todo un monstruo que va a dar todo de sí para ayudar a otras mujeres que están padeciendo la misma situación por la que yo pasé.

La diosa fortuna llamó a mi puerta, (es cierto), y además lo hizo por partida doble. Y para demostrar mi eterno y sincero agradecimiento, gran parte de mi tiempo lo voy a invertir para que siga llamando al resto de puertas donde habite una mujer golpeada, maltratada, vejada, ultrajada...

Hay fórmulas, hay medios y hay personas preparadas para ayudarnos. ¡Usémoslos como yo voy a hacer! ¡Usémoslos como yo los estoy haciendo! **¡Usémoslos y ... vivamos!**

Fdo. ¿Un monstruo o no?

Lucía Ardao Cuevas